

Me habían hablado de esas pequeñas figuras de elefantes elaboradas en nácar, tan típicas de allí. Ese mismo día cerré la puja en E-Bay, un pequeño y antiguo elefante de la suerte por menos de 50 dólares, junto a la foto de bebé de Cara, y los billetes de avión. No sé porqué pero me he puesto corbata, negra, por supuesto, llevo los Lexatines a mano, aunque creo que no me van a hacer falta esta vez. Mi mujer no ha parado de llorar desde que nos dieron la autorización para el viaje.

Son ligeras y suaves las resacas del Mekong al atardecer. Paseando en canoa por uno de sus cientos de canales, me encontré a mi mismo convertido en hombre. Me acuerdo. Me acuerdo de mis padres en este delta que divide mi vida en dos mitades.

Esta mañana he cogido una flor de loto de la orilla del Río Perfume, la he depositado con mimo en la cama del viejo orfanato de Huong. El contraste de olores es tan fuerte que llega a molestar, pero era algo que teníamos que hacer. Como las flores de loto cubren los fosos de las viejas ciudades muralla, un trozo de nuestro corazón rudimentario ha impregnado para siempre el aire tropical, salpicado de granos de arroz recolectados a mano, de esa magia cárstica que arrulla el tiempo calizo. No podemos sentirnos más enteros.

Creo que me compraré un par de sombreros de bambú en alguna aldea perdida de Hué, iremos a una oficina de correos los tres juntos, enviaremos nuestra primera felicitación navideña, después llamaré a mi madre a través de operadora. Cara lleva una marioneta de agua, de madera lisa de cajú, que sujeta con sus pequeños dedos mientras improvisa la danza más bonita de la tierra.

Siempre elijo asientos de pasillo, me gusta poder estirar las piernas en trayectos tan largos y aburridos. No me gusta el frío de los aviones, se me hace escarchado e insano, terriblemente artificial. Rebusco entre los posos del vaso de agua que me ha traído la azafata, releo los periódicos, me levanto y doy un corto paseo a ninguna parte, vuelvo a mi sitio. Imagino a mis padres preparando la cena de Nochevieja, la trona mágica comprada hace ya más de dos años en un Ikea, las velas encendidas, el olor a espumillón de encendido gris perla. Imagino a mis padres, a 10.000 pies de altura sobre el mar.

Recorriendo la Bahía de Ha-long envuelta en una niebla densa y vegetal, se descompone mi alma por primera y última vez en este viaje. Rompo a llorar puertas adentro, presa de un pánico sin compuerta, primerizo e infantil. A estas alturas, ya tenemos todos los papeles compulsados y perfectamente traducidos, el abogado ha concertado las citas pertinentes en el Consulado de Hanoi, todo está atado y bien atado. No hay porqué preocuparse, me repito una y otra vez. Todo está bien.

Mientras mi mujer sujeta tiernamente a mi hija, regateo con un viejo anciano a cuenta de unas *torres de hanoi* de plástico, con discos de tres colores, rojo, amarillo y azul oscuro. Cuenta la leyenda que, en una mañana lluviosa y triste, un viejo emperador quiso señalar el centro del mundo mediante un suntuoso templo, con una gran plaza sobre la que se levantarían tres torres de diamante.

Una vez colocados 64 discos dorados, el mayor en la base y el menor arriba del todo, los sacerdotes tendrían que intentar disponer los discos entre las torres, siguiendo el dictado de unos principios ya otorgados: nadie movería más de un disco a la vez, y en ningún caso se podría situar un disco de mayor diámetro encima de otro de menor diámetro...

Hoy no existe tal templo, pero el rompecabezas aún perdura en el tiempo.

Como no podía ser menos en diciembre, nos reciben el frío y la helada en la T-4 satélite de Barajas, en tanto que la pequeña duerme envuelta en un jet-lag místico y dulce. Me dan miedo las lágrimas inundadas de mi padre, siempre tan ausente y apartado, cuando se asoma por vez primera al rostro de su pequeña nieta. Cara lleva su marioneta de agua, de madera lisa de cajú, que sigue apretando con la misma fuerza que el día en que nació, mientras sus pequeños dedos vuelven a improvisar la danza más bonita de la tierra.

Es una mañana cualquiera en el medio de mi vida, pero no puedo sentirme más entero.

*A mi futuro hijo.*